

un arbitrari juí sobre una opinió justa. Tota confusió reporta un retràs en l'averiguació de la veritat, però també un redoblament d'energia per tal d'aconseguir-ho; i és per aital raó que restem esperançats, en eixa època de confusió que enterboleix els cervells; ella passarà i s'esfumirà la boirina que tapa nous horitzons.

Però, mentrestant nostra ignorància, inconscient, no fassí més víctimes, procurem sentir la necessitat de conèixer el molt que ignorem, que no serà difícil de saber-ho si no ens manca voluntat; nostre obrar serà més noble i just, marcant una fita en el progrés humà, valoritzant el poc que ja sabem

AMIC

Filosofía del heroísmo

Antes existía un concepto más claro, más simple, más sencillo, del heroísmo. Vivíase la edad de oro del romanticismo. El romanticismo pasará a la historia personificado en una noble postura humana, en un amplio gesto un poco irreflexivo y largamente generoso. La época romántica, a la que estamos aún estrechamente enlazados y de la que, sin embargo, nos separa una enorme valla, fué la heredera directa del heroísmo clásico.

Los héroes de la edad antigua, hijos de dioses, de heroísmo epopéyico y espectacular, se vieron resucitados en el heroísmo romántico, revolucionario, un poco infantil e infinitamente sugestivo, del siglo pasado. Era un heroísmo público, de barricadas y grandes gestos, heroísmo exterior, en el que revivía el alma poética, arrebatada y ruidosa de Esquilo y Sófocles.

Ahora el concepto del heroísmo, para bien o para mal, ha cambiado. Los grandes gestos se han apaciguado. No existe el heroísmo llameante, teatral, impetuoso, juvenil e inconexo, que encontró su caricatura en el general Boulanger, el Tartarín realizado, y su noble exaltación en los líricos arrebatos de Víctor Hugo.

Ha cambiado el concepto del heroísmo, pero el heroísmo aún existe. Heroísmo sereno, tranquilo, pacífico, exento de gestos; heroísmo filosófico que, más que heroísmo, reviste los caracteres de un imperativo categórico.

La ciencia tiene sus héroes, y es ese heroísmo el más grande, más complejo, más distante del viejo concepto heroico.

La causa de la humanidad, que los ha tenido siempre, los tiene también ahora.

La especie humana toda conserva aún, modificada y matizada, su tradición heroica. Mas, la cabeza de Aquiles, el torso de Teseo, acariciados por las manos de las diosas enamoradas de los divinos héroes humanos, han desaparecido ya para siempre. Han desaparecido también las mecenas y las barbas románticas de nuestros padres, héroes que morían con la misma gracia y el mismo entusiasmo por una mujer que por una idea.

Pero otro heroísmo ha surgido. Heroísmo mudo, doloroso, tranquilo y consciente. Heroísmo sin poesía, tenaz y empequeñecido por su humildad sabia.

Los héroes antiguos aspiraban a emular a los dioses. Los héroes del siglo pasado, proclamada la divinidad del hombre, er-

guían la frente con soberbia y desafiaban al mundo. Morían como hombres-dioses o como dioses-hombres, con muerte de Jesús o con la magnífica y rabiosa muerte del Empecinado.

Poseían, sin ningún género de duda, muchas más sugerencias; era más bello, más interesante su heroísmo que el silencioso y nuevo heroísmo de ahora.

Pero hoy también existe el heroísmo y existe, además, la filosofía del heroísmo, que es hoy, más que un gesto heroico, un profundo y severo, instintivo y poderoso imperativo categórico del deber, dictado por la conciencia humana.

En el heroísmo de estos sabios que entregan su vida sencillamente, modestamente, en aras de la ciencia, hay una serenidad, una belleza inmarcesible e inmóvil. Carecen del amplio gesto teatral de los otros héroes, del ruido guerrero del heroísmo dinámico y revolucionario. En su martirologio heroico, no hay el acompañamiento clásico de las plañideras, ni el rugido popular que acompañaba a los héroes revolucionarios. Del heroísmo militante, activo, ruidoso y fácil de un Mazzini, al heroísmo quieto, impávido, mudo y difícil de un Ménard, hay una distancia enorme.

Hay también otra colosal distancia del heroísmo revolucionario del siglo pasado, sonoro e intenso, al confuso y penoso heroísmo de ahora. Es más fácil ser héroe en la acción que en la inmovilidad. Guardar el perfil clásico, la gracia armoniosa en el sueño, es más costoso que en la vigilia atenta y consciente.

¡Y hay héroes hoy! Se conserva aún, en la asfixiante inmovilidad de este momento de reposo humano, el perfil clásico, la gracia armoniosa y dolorosa del heroísmo. Se muere aún por la justicia y la libertad. Se ofrenda aún, en un amplio gesto largamente generoso, en una soberbia sonrisa pensativa, la vida por un idea; se sabe tener aún el heroísmo de la justicia y la dignidad.

¡Hay aún héroes! Del heroísmo ruidoso, de cadencias sonoras y postura romántica, hemos pasado al heroísmo silencioso, modesto, a la filosofía del heroísmo reflexivo y tenaz. De los héroes semi-divinos, de las grandes figuras esculturales, animadas y embellecidas por el dinamismo de la acción, hemos pasado a los héroes callados, oscuros, tranquilos... El Minotauro de la tiranía no ha encontrado frente a sí la arrogancia de un Teseo, el dinamismo revolucionario de un Stepniak, pero sí la si-

lenciosa firmeza, el suave claro oscuro de un heroísmo nuevo.

Lo he dicho ya y lo repito: el heroísmo de hoy, inmóvil y sereno, es, más que un gesto teatral, arrebatado y lírico, el imperativo categórico del deber, el sentimiento íntimo y profundo de la dignidad humana, la filosofía del heroísmo: severo, razonador, frío; por ello más doloroso, más tremendamente heroico.

Cuando el camino, la larga ruta nuestra, se estrecha y se eriza de escollos; cuando la reacción abre a nuestros pies abismos insondables; cuando nos mete en desfileros mortales; cuando, escasos, desfallecientes y separados, nos contemplamos débiles y solos frente al peligro, débiles y solos frente al mañana impasible, necesitamos fortalecernos con esta filosofía de heroísmo, ennoblecer nuestra inmovilidad angustiosa con un claro y sereno y nuevo concepto heroico.

Debemos saber que, si caemos, no nos acompañará el coro clásico de las plañideras, el rugido popular que acompañó ayer a los héroes revolucionarios. Nuestro heroísmo no ha de ser un heroísmo glorioso de mirtos inmortales, premiado por el amor de las diosas, enamoradas de los divinos héroes humanos.

Nuestro heroísmo ha de ser severo y tranquilo, sabio y modesto, humilde y firme; el firme, humilde, modesto, sabio, tranquilo y severo heroísmo que la inmovilidad del momento exige. Y este heroísmo nos ha de dar esa filosofía desencantada, pero completa; rica en matices interiores y sobria en el gesto espectacular, de que carecía el heroísmo antiguo.

Estamos ya lejos de la lírica romántica, de la grandilocuencia heroica. No tenemos ni Homeros ni Laurent-Tailhades que nos canten. Las dos aposturas heroicas: la helénica antigua y la latina moderna, se han fundido, desapareciendo en una última silueta heroica que nos dejó la herencia de su idealidad y el legado de su obra.

Nuestro heroísmo, el heroísmo que nos espera, que debemos crear y forjar y sufrir en nosotros, es otro heroísmo difícil, otro heroísmo reflexivo, tenaz, paciente y absolutamente generoso, porque para él no existirán el premio de los mirtos ni los besos de las diosas.

No hemos de esperar premio alguno. El verdadero heroísmo es hecho de olvido de sí mismo, de total entrega, de absoluta y tierna y amorosa entrega.

El premio debemos llevarlo en nosotros. Debemos ser nosotros, toda nuestra vida, nuestro propio premio.

F. M.

El amor, como las lágrimas, aspira a ser recíproco. Cuando sufre el alma de un gran pueblo, toda la vida está perturbada, los espíritus vivos se agitan y los que tienen un noble corazón inmaculado van al sacrificio.—Andreiew.